



LA MUERTE DEL SEÑOR CANONIGO.

Dr. MARIANO ACOSTA.



LA MUERTE DEL SEÑOR CANONIGO

Dr. MARIANO ACOSTA. *

Séame permitido consignar aquí las expresiones de mi intenso dolor por la muerte del Sr. Dr. Mariano Acosta; y ojalá mis sentimientos contribuyan á interpretar los de mis conciudadanos, interesados, como yo, en honrar la grata memoria de tan esclarecido Sacerdote.

Que las vanidades del lenguaje no se mezclen en mis sentidas frases de sincero y tierno afecto: que añadiduras importunas no debiliten el valor de una publicación modesta y sin pretensiones; y que, en ella, no se vea más que lágrimas del corazón, vertidas por el honorable y virtuoso amigo y compatriota.

El cuerpo flaquea, el ánimo desfallece, al fijar la consideración en tantas y tan repetidas pérdidas como las que, en el año último, ha pesado sobre el pueblo ecuatoriano.

Me refiero á la memoria de esos hombres prominentes que, en estos últimos meses, han desaparecido para no volver jamás.

Luis Antonio Salazar,
Pedro José Cevallos Salvador,
Antonio Gómez de la Torre,
Antonio Portilla,
Pedro Fermín Cevallos,
José Ignacio Ordóñez,
Mariano Acosta

¡Oh, cuán respetados, cuán gratos y populares son estos nombres ilustres de la República ecuatoriana!

Pero poco es que ellos vivan eternamente en la memoria y en el corazón de sus parientes, amigos y conciudadanos, si no hacemos por fijar las obras materiales que perpetúen su recuerdo y sirvan de ejemplo á la posteridad. Menester es que tracemos sus facciones con el pincel y el buril, en lienzo, en mármol, en bronce, respectivamente, para que se trasmitan á las generaciones venideras, los ejemplos de moral, de virtud, de piedad, de laboriosidad y patriotismo, personificados en tan eminentes conciudadanos.

Millones de hombres han pasado al sepulcro, y, bajo tierra, háuse quedado allí, sepultados en su propia oscuridad, sin que ningún esfuerzo humano sea bastante poderoso á resucitarlos y hacerlos visibles ante las generaciones futuras. Mas, si en medio de tántos seres de animal vegetación, unos pocos se hubieron mostrado grandes por la pujanza de ingenio y suma de ciencia, por inmensos bienes hechos á la humanidad, por raros y útiles descubrimientos, por heroísmos y virtudes, ó por una sublime y fructuosa abnegación; hay tamaña injusticia en no mirar por la apoteosis de esa bien alcanzada y costosa inmortalidad. Omisiones de este género, acusan inercia ó apocado egoísmo, si no preferimos llamar á las cosas con sus nombres, diciendo que tales faltas nacen de una deficiente cultura social.

¡Quién me otorgara, por hoy, la anhelada fortuna de dar con el esquivo acierto, para que, recogidos por el público, mis entusiastas deseos, cobren cuerpo y vida, y se conviertan en consoladora realidad!

Perdónese el delirio del afecto. Si mío fuera el disponer y el ejecutar, yo, dentro de un corto tiempo, decoraría los salones del Palacio de Justicia, con Gómez de la Torre, con Portilla, con Salazar y con Cevallos Salvador, Padres de la Magistratura forense. Yo, en la plaza de la Academia (así llamo la de la Merced), levantaría el busto de Cevallos, fundador de la literatura patria y de la historia ecuatoriana;

Imbabura, Sr. Mariano Acosta. ¡Hablo tal vez mal? ¡Oh, no! Ya es tiempo de que aprendamos á vivir sobre el firme fundamento de las grandes acciones de nuestros predecesores, siguiendo, en esto, el ejemplo de otros pueblos más adelantados.

¿Por ventura, yo, con cincuenta más, no he visto en las clases escolares, á un Mariano Acosta, elevarse como águila, por el ingenio, y alzarse alto, á la par de un Solórzano, el monopolizador de los premios del Colegio Romano, entre centenares de Americanos?

¿No hemos visto, acaso, al elocuentísimo Acosta, alzar la voz y llevar la persuasión á la mente y al corazón de ilustrados auditorios, en arduas, en abstrusas cuestiones que paraban bajo el poder de las Asambleas Legislativas? El Sr. Acosta ha sido, por más de 20 años, el Legislador obligado de las provincias del Norte.....

¿No hemos oído, en la Cátedra Sagrada, á ese filósofo cristiano, correcto moralista, inspirado y profundo teólogo?

¿No hemos presenciado, en la cátedra escolástica, al más experto y luminoso de los maestros en lógica, en metafísica, en ciencias naturales y exactas? ¿No le hemos visto regentando el Colegio Nacional de Ibarra, esa obra propia y exclusiva suya, debida á la elocuencia irresistible que desplegó en la Convención de 1884, con la que arrastró al convencimiento de que la educación secundaria no debía ser puramente eclesiástica en las provincias?

La mitra, el báculo, el palio deben ser las insignias de los sacerdotes que son lumbrera no sólo del Clero sino también del pueblo, y que, sin más auxilios que sus propios merecimientos, se hacen amar y respetar de los buenos y los malos.

El púlpito, la cátedra, la tribuna fueron ocupados, con singular brillo, por ese eminente eclesiástico; y justo es tributarle todos los homenajes á que se hace acreedor el talento, cuando está hermanado con la ciencia y la virtud.

Dios, en sus inescrutables arcanos, envió un terremoto á Imbabura, en 1868; mas, luego le deparó un hombre excepcional, un nuevo Apóstol que había de ser, además, el Mecenaz de la juventud y el apoyo del pueblo. Hoy, ha desaparecido, dejando amargo, inconsolable y profundo duelo en todos sus moradores..... ¿Quién osará llamarse digno de ocupar los asientos del Maestro?

Sea yo, aunque indigno, uno de los voceros de la fama del Canónigo Acosta. Mis lágrimas, mis palabras y mis deseos, sirvan de una de tantas coronas que diariamente se depositen en la tumba del más grande de los imbabureños, el cual, con derecho indisputable, terciará, á perpetuidad, entre lo más esclarecido de los hijos del Ecuador.

Quito, Julio 21 de 1893.

Francisco Andrade Marín.